

Diócesis de Barbastro-Monzón

Te he amado (Ap 3, 9)



Algo más que un problema social

«Anda, y haz tú lo mismo» (Lc 10, 7)

4

**Cuarta semana de Cuaresma
2026**

Dios, amigo de los pobres

Más de veinte siglos de historia de la Iglesia ponen de manifiesto que la atención eclesial a los pobres es una parte esencial del camino de la Iglesia. La Iglesia, en cuanto Cuerpo de Cristo, reconoce en el rostro de los necesitados y de los que sufren el rostro de su Fundador y siente la vida de los pobres como su propia “carne”. Por eso, la atención preferencial de la Iglesia por los pobres se diferencia de las actividades de cualquier otra organización humanitaria en las motivaciones y en el estilo. El papa León es muy tajante en este punto, tal como leemos en su exhortación apostólica:

«El cristiano no puede considerar a los pobres sólo como un problema social; estos son una “cuestión familiar”, son “de los nuestros”. Nuestra relación con ellos no se puede reducir a una actividad o a una oficina de la Iglesia, se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando, desde ellos, la transformación de su situación».

Frente a la cultura dominante, que tiende a abandonar a los pobres a su propio destino o a no juzgarlos dignos de atención y de aprecio, el Papa recuerda que su predecesor ya había invitado, en su encíclica *Fratelli tutti*, a reflexionar sobre la parábola del buen samaritano (cf. *Lc 10, 25-37*). Ante aquel hombre herido y abandonado en el camino aparecen las distintas actitudes de los que pasaban y sólo el buen sa-

maritano se ocupó de cuidarlo. Contemplando esta escena, el Papa nos pide que nos interpelemos en primera persona:

«¿Con quién te identificas? ¿A cuál de ellos te pareces? Nos hace falta reconocer la tentación que nos circunda de desentendernos de los demás; especialmente de los más débiles. Digámoslo, hemos crecido en muchos aspectos, aunque somos analfabetos en acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que éstas nos golpean directamente. Y nos hace mucho bien descubrir que aquella escena del buen samaritano se repite también hoy. Recordemos esta situación de nuestros días: “Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en una noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un agujón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y quizás hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad, y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una creatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo. ¡Eso es ser cristianos! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano? ¿Qué hizo el buen samaritano? Las últimas palabras de la parábola evangélica —“Ve, y procede de la misma manera”— son un mandamiento que un cristiano debe oír resonar cada día en su corazón».

Algo más que un problema social

Recogiendo la petición del Papa, nos preguntamos cómo me afectan sus palabras, mientras escuchamos o cantamos la siguiente canción:

Cristo te necesita para amar, para amar.

Cristo te necesita para amar. (bis).

No te importen las razas ni el color de la piel:

ama a todos como hermanos y haz el bien. (bis).

Al que sufre y al triste, dale amor, dale amor:

al humilde y al pobre dale amor (bis).

Al que vive a tu lado, dale amor, dale amor:

al que viene de lejos dale amor. (bis).

Al que habla otra lengua, dale amor, dale amor:

al que piensa distinto dale amor. (bis).

Al amigo de siempre, dale amor, dale amor:

al que no te saluda dale amor. (bis).

(Letra y música de Franco Urrutia. Hay versión musical en You Tube)

Un desafío ineludible

El papa León también trae a nuestra memoria la exhortación que san Gregorio Magno hizo a los cristianos de su tiempo, en el siglo VI, una época particularmente difícil para la Iglesia de Roma, porque el imperio romano se estaba colapsando bajo la presión de los pueblos bárbaros, que lo estaban invadiendo hasta descomponerlo totalmente: «Todos los días, si lo buscamos, hallamos a Lázaro, y, aunque no lo busquemos, le tenemos a la vista. Ved que a todas horas se presentan los pobres y que ahora nos piden ellos, que luego vendrán como intercesores nuestros. No perdáis el tiempo de la misericordia; no hagáis caso omiso de los remedios que habéis recibido».

Los pobres pueden ser para nosotros maestros silenciosos que nos descubren el orgullo y la arrogancia con los que tantas veces se desenvuelve nuestra vida. Algunas veces, los pobres reciben la ayuda de quienes tienen medios económicos, pero son muchas las ocasiones en las que los pobres evangelizan a los que les ayudan. ¿De qué manera? El papa León lo explica diciendo:

«Los pobres, en el silencio de su misma condición, nos colocan frente a la realidad de nuestra debilidad. El anciano, por ejemplo, con la debilidad de su cuerpo, nos recuerda nuestra vulnerabilidad, aun cuando buscamos esconderla detrás del bienestar o de la apariencia. Además, los pobres nos hacen reflexionar sobre la precariedad de aquel orgullo agresivo con el que frecuentemente afrontamos las dificultades de la vida. En esencia, ellos revelan nuestra fragilidad y el vacío de una vida aparentemente protegida y segura. Para nosotros cristianos, la cuestión de los pobres conduce a lo esencial de nuestra fe. La realidad es que los pobres para los cristianos no son una categoría sociológica, sino la misma carne de Cristo. Es necesario recordar que el Señor se hace carne, carne que tiene hambre, que tiene sed, que está enferma, encarcelada. Y esto no es fácil. En el corazón de cada fiel se encuentra la exigencia de escuchar este clamor que brota de la misma obra liberadora de la gracia en cada uno de nosotros, por lo cual no se trata de una misión reservada sólo a algunos.

En realidad, cualquier comunidad de la Iglesia, en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocu-

parse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos. Fácilmente terminará en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos. No estamos hablando sólo de la asistencia y del necesario compromiso por la justicia. Los creyentes deben darse cuenta de otra forma de incoherencia respecto a los pobres. En verdad, “la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria”».

Si nos dejamos interpelar por lo que nos dice el Papa, alcanzaremos la convicción de que, aunque el Señor no lleva cuenta de nuestros egoísmos, sí nos pide que los reconozcamos y que nos dispongamos a superarlos. Durante el tiempo de la Cuaresma, la Iglesia pide que nos impliquemos en el reconocimiento de nuestras culpas y en la súplica humilde del perdón divino. Con el Salmo 129 nos confiamos a la misericordia del Señor y le pedimos la gracia de una verdadera conversión:

*Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.*

*Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?*

*Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto.*

*Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora;*

*Porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel
de todos sus delitos.*

Sin minusvalorar la limosna

El Papa, consciente de que la limosna no goza de buena fama y a veces se la desprecia como si no sirviera para nada, dedica los últimos párrafos de su exhortación a recordar el valor humano y religioso de la limosna, sin dejar de insistir en la obligación de promover la ayuda integral a los necesitados, porque “hoy también es necesario dar”:

«Confirmo —escribe— que la ayuda más importante para una persona pobre es promoverla a tener un buen trabajo para que pueda ganarse una vida más acorde a su dignidad, desarrollando sus capacidades y ofreciendo su esfuerzo personal. Trabajando nos hacemos más personas, nuestra humanidad florece, los jóvenes se convierten en adultos solamente trabajando. La Doctrina Social de la Iglesia ha visto siempre el trabajo humano como participación en la creación que continúa cada día, también gracias a las manos, a la mente y al corazón de los trabajadores».

Pero, el Papa recuerda a renglón seguido que la limosna proporciona un encuentro cercano e indispensable con los pobres:

«Por otro lado, si aún no existe esta posibilidad concreta, no podemos correr el riesgo de dejar a una persona abandonada a su suerte, sin lo indispensable para vivir dignamente. Y, por tanto, la limosna sigue siendo un momento necesario de contacto, de encuentro y de identificación con la situación de los demás. Es evidente, para quien ama de verdad, que la limosna no exime de sus responsabilidades a las autoridades competentes, ni elimina el compromiso organizado de las instituciones, y mucho menos sustituye la lucha legítima por la justicia. Sin embargo, invita al menos a detenerse y a mirar al pobre a la cara, a tocarle y compartir con él algo de lo suyo. De cualquier manera, la limosna, por pequeña que sea, infunde pietas en una vida social en la que todos se preocupan de su propio interés personal. (...). Hay que alimentar el amor y las convicciones más profundas, y eso se hace con gestos. Permanecer en el mundo de las ideas y las discusiones, sin gestos personales, asiduos y sinceros, sería la perdición de nuestros sueños más preciados. Por esta sencilla razón, como cristianos, no renunciamos a la limosna. Es un gesto que se puede hacer de diferentes formas, y que podemos intentar hacer de la manera más eficaz, pero es preciso hacerlo. Y siempre será mejor hacer algo que no hacer nada. No será la solución a la pobreza mundial, que hay que buscar con inteligencia, tenacidad y compromiso social. Pero necesitamos practicar la li-

mosna para tocar la carne sufriente de los pobres. Ya sea a través del trabajo que ustedes realizan, o de su compromiso por cambiar las estructuras sociales injustas, o por medio de esos gestos sencillos de ayuda, muy cercanos y personales, será posible para aquel pobre sentir que las palabras de Jesús son para él: “Yo te he amado” (Ap 3, 9)».

Mientras contemplamos el rostro sufriente de Cristo en la “carne” de los pobres, cantamos con gratitud:

*Acuérdate de Jesucristo
Resucitado de entre los muertos
Él es nuestra salvación
nuestra gloria para siempre

Si con El morimos, viviremos en El
Si con El sufrimos, reinaremos con El

En Él nuestras penas, en Él nuestro gozo
En Él la esperanza, en El nuestro amor

En Él toda la gracia, en Él nuestra paz
En Él nuestra gloria, en El la salvación*

(Música y letra de Lucien Deiss. Hay versión musical en You Tube).

Para la reflexión personal y en grupo

- ♦ ¿Veo en la “carne” herida de los pobres, de los ancianos, de los enfermos... el rostro sufriente de Cristo
- ♦ ¿Dejo que la cercanía de los pobres me coloque frente a la realidad de mi debilidad y vulnerabilidad o prefiero ignorar su presencia porque me resulta incómoda?

Guía para orar durante la Cuaresma

Para la cuarta semana

Del 15 al 21 de marzo de 2026

Lectura bíblica para esta semana:

Evangelio según de San Mateo, 25, 31-46: el juicio final.

Oraciones para esta semana

Jesús, no tiene manos.

Tienes sólo nuestras manos
para construir un mundo donde habite la justicia.

Jesús, no tienes pies.

Tienes sólo nuestros pies
para poner en marcha la libertad y el amor.

Jesús, no tienes labios.

Tienes sólo nuestros labios
para anunciar al mundo la Buena Noticia
de los pobres.

Jesús, no tienes medios.

Tienes sólo nuestra acción
para lograr que todos seamos hermanos.

Jesús, nosotros somos tu Evangelio,
el único evangelio que la gente puede leer,
si nuestras vidas son obras y palabras eficaces.

Jesús, danos tu amor y tu fuerza
para proseguir tu causa
y darte a conocer a todos cuantos podamos.

Tienes tu escabel
y los pies descansan,
entre los más pobres,
los más humildes y perdidos.

Quiero inclinarme ante Ti,
pero mi postración no llega nunca a la sima
donde tus pies descansan
entre los más pobres
los más humildes y perdidos.

El orgullo no puede acercarse a Ti,
que caminas,
con la ropa de los miserables,
entre los más pobres,
los más humildes y perdidos.

Mi corazón no sabe encontrar su senda,
la senda de los solidarios,
por donde tú vas
entre los más pobres,
los más humildes y perdidos.

(R. Tagore)

Para orar durante la Semana Santa

Del 29 de marzo al 4 de abril de 2026

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de offenderte.

Tú me mueves, Señor: muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera que, aunque no hubiera cielo, yo te amara, y, aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
Pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

(Anónimo)